



capítulo 1

El acantilado del Molino Derruido

Los acantilados siempre le atrajeron. Grandiosos gigantes que se atreven a desafiar la fuerza del mar imponiendo su frontera, ante el embate y la furia de las olas que golpean como un martillo pilón, una y otra vez, horadando centímetro a centímetro su base. Una pelea constante y milenaria, en impaciente desgaste, cuya belleza no deja indiferente a nadie. «Mal día para precipitarse al vacío por el acantilado», piensa el inspector Asier Blanco mientras sus ojos se fijan en el cuerpo que vuelve una y otra vez sobre las afiladas rocas. Un escalofrío recorre su espina dorsal, que se estremece por el frío de la mañana mientras constata que, si no fuese por el fragor del embate de las olas contra el acantilado, se podría oír el crujir de huesos partiéndose contra las afiladas rocas. El cuerpo las golpea por el ímpetu de la resaca, que se empeña en sacar a tierra firme todo cuanto flota en el mar. «Para cuando puedan sacar su cuerpo, poco o nada va a quedar de él».

—¿Se sabe quién es? —pregunta el inspector Asier al agente que está intentando unir, con la presa retráctil bicolor, las balizas reflectantes que ha colocado en el perímetro que abarca el mirador del acantilado, con la intención de separar

al público, cada vez más numeroso, del escenario donde ha ocurrido la desgracia.

—Perdone, señor, échese para atrás y colóquese detrás de la cinta. No se puede acceder al acantilado —contesta el agente sin siquiera mirar a la cara de su interlocutor.

—Disculpe, no me he presentado debidamente: soy el inspector Asier Blanco —le dice mostrando su placa al atareado agente, que ahora sí se detiene para mirar a la cara al inspector—. He recibido una llamada de la central.

—¡Ah!, es usted el inspector, le estábamos esperando. Acompañeme —le dice el guardia mientras termina de colocar la cinta en la baliza.

El inspector Blanco sigue al agente hasta un pequeño grupo de personas que no paran de gesticular mientras hablan entre ellos señalando el acantilado. Pegado al grupo, un deportivo de lujo, con las puertas abiertas, está situado por detrás de la cinta que baliza el perímetro.

—¡Joder...! —es cuanto es capaz de expresar el inspector al ver el deportivo.

El guardia que le acompaña gira su cabeza y le dedica al inspector Asier una más que estúpida sonrisa. Como si el inspector fuera lerdo por no haber visto nunca un coche deportivo de esas características.

—Impresiona... eh —le dice el agente en tono burlón volviendo su cara hacia el grupo de nuevo y sin parar de caminar.

«¡Será gilipollas!, así como si él tuviera uno...». Es cuanto se le viene a la cabeza al inspector, aunque de su boca no sale palabra alguna, por el momento. «Esto me da mala espina:

un cuerpo en el acantilado, un coche que ni en cien años ahorrando podría comprar y la plana mayor de la comarca despachando entre ellos. O mucho me equivoco, o creo que este caso me va a traer muchos quebraderos de cabeza». El guardia le saca de sus cavilaciones cuando, llegados al punto de reunión, le presenta ante el grupo un tanto dubitativo.

—Señores, les presento al inspector, ¿cómo dijo que se llamaba...? —dice el agente girándose para teatralizar más la llegada del inspector.

—No se preocupe, agente, ya puede volver a su puesto... —le espeta el inspector en un tono que no deja lugar a dudas su malestar por el trato recibido y, a la vez, deja bien claro a los ojos de los contertulios quién manda a partir de ahora.

El agente gira la cabeza buscando la mirada de su jefe; éste asiente con la cabeza mientras con sus ojos le deja bien claro su descontento, algo que no pasa desapercibido para Asier.

Asier estrecha la mano que le ofrece el supuesto jefe. Un hombre grande y fuerte, de facciones duras que se presenta como Almeida y le confirma sus sospechas: es el jefe de la Policía Local. Le aprieta tan fuerte la mano que Asier no puede, por menos, que notar su malestar por inmiscuirse en su «territorio». Ahora comprende lo del agente. «Debo tener cuidado; parece que este Almeida es perro viejo».

—Bienvenido, inspector Asier, deje que le presente —se adelanta el tal Almeida ejerciendo de anfitrión—. El señor alcalde, don Juan Sánchez. Doña Julia Campillo es la jueza de instrucción. Blas y Luis Mejías, conductor y médico de emergencias respectivamente —continúa presentando mientras señala la ambulancia—. Iñigo García, jefe de Bomberos.

Carlos Pons es el concejal de Seguridad Ciudadana y, por último, Eduardo, que es el jefe de Protección Civil.

Asier va dando la mano uno por uno mientras asiente con la cabeza con una sonrisa forzada para no parecer descortés. «Maldita sea la gracia que me hace estar perdiendo el tiempo en tontos protocolos de un jefe local que solo quiere establecer su círculo de poder. Tengo que cortar por lo sano y enseñarle quién cojones manda aquí ahora y debo ser contundente, para que no queden dudas».

—¿Qué se sabe del cuerpo que hay en el acantilado? —le pregunta Asier a la juez, mirando directamente a sus ojos mientras da la espalda a Almeida para que no haya dudas de a quién se le ha formulado la pregunta.

Almeida casi cae en la trampa y está a punto de abrir la boca para contestar. Su cara se ruboriza por el calentón, pero en un alarde de astucia y saber estar, calla mientras hace gestos al agente de las balizas como si le estuviese dando alguna instrucción.

—No sabemos nada con certeza. Los equipos de rescate no pueden acceder al cuerpo aún. Estamos a la espera de que amaine un poco la fuerza del oleaje ya que llevamos un par de días con tormenta y la resaca aún es demasiado fuerte. El viento no nos deja acceder por la cima —continúa diciendo la jueza mientras se agarra la falda para que no muestre más de lo necesario, después de que una ráfaga de viento haya intentado subirla en demasía—, así que tenemos que esperar —termina diciendo la juez. Una mujer ya entrada en años, pero de aspecto muy bien cuidado. Por su acento, debe ser de la capital: de Madrid o sus alrededores.

—Entonces, ¿a qué se debe que me hayan llamado? —le pregunta Asier sin rodeos, mirándola a los ojos en busca de alguna pista.

Julia, la jueza, se cuelga del brazo del comisario Asier para separarlo un tanto de la comitiva. Lo mira a los ojos en busca de algo de complicidad y Asier asiente un tanto turbado por la reacción de la jueza. Cuando bordean el fastuoso deportivo, un *Lamborghini Veneno Roadster*, el inspector no puede por menos que echar un vistazo al coche para admirar su belleza.

—¡Madre mía, qué cochazo! —exclama el comisario al pasar junto al coche, sin querer.

Julia, la jueza, con gesto serio, le mira comprensiva a la vez que intenta con su mano derecha mantener el peinado algo desarbolado ya por las continuas ráfagas de aire. Mirando a los ojos del inspector Asier le pregunta:

—¿No le inquieta qué hace aquí este deportivo o, siquiera, saber de quién puede ser?

—Es lo primero que se me ha venido a la cabeza cuando lo he visto, y que sepa que me ha dado muy mala espina; pero creo que usted me lo va a decir, ¿no? —contesta Asier Blanco mientras detiene el paso y se gira para ponerse delante de la jueza.

—Tenemos razones para creer que el cuerpo que hay en el fondo del acantilado es de Ricardo de Gea, ya sabe... ¿Ve el deportivo? —continúa diciendo con voz queda, ya por el frío o por la seriedad de la noticia, señalando el magnífico coche—. Hace un momento, desde Tráfico, nos ha confirmado que es de su propiedad.

—¡Hostia puta! Ejem... perdón —se disculpa Asier mirando hacia el suelo para evitar la mirada de desaprobación de Julia.

—No se preocupe... a mí me ha pasado igual cuando me lo ha dicho Almeida. Por cierto, le he prohibido al jefe Almeida que lo divulgue hasta que tengamos la certeza absoluta de que el cuerpo que tenemos en el fondo del acantilado es el de Ricardo de Gea —termina diciendo la jueza buscando la aprobación del inspector.

—Me parece una buena idea porque, en cuanto se sepa, esto va a ser un hervidero de periodistas y curiosos —contesta Asier dando un silbido mientras hace movimientos con su mano derecha de arriba abajo como una señal que vaticina la llegada de malos tiempos.

—Le dije a Almeida que balizara todo el perímetro antes de que empiecen a llegar los primeros curiosos —le informa Julia señalando el despliegue de los agentes que están colocando las últimas cintas que señalan el perímetro de acceso a prohibir—. Se va a armar una gorda; solo espero que no me pille en medio, no me gustan los periodistas, tampoco el jaleo, ni la muchedumbre... —le sigue diciendo a Asier en un susurro, como si estuviera sola—. Se va a armar una de órdago... —termina sentenciando.

—Me parece que estamos empatados en eso... —le corrobora Asier dando media vuelta en busca del sentido del viento para encararlo y peinar sus cuatro pelos, que andan desperdigados en una danza que, si no acaba pronto, amenaza con arrancarlos de cuajo.

Por un momento Julia y Asier, jueza e inspector, quedan en silencio asimilando la que se les viene encima.

—El jefe Almeida, ¿es de confianza? —pregunta Asier sin quitar la cara al viento.

—Por lo que le conozco, sí, pero ya sabe, lleva muchos años en el mismo puesto y para este tipo de personas es difícil de llevar la rutina de un sitio tan tranquilo como éste, y más aún, si se ha pertenecido durante más de veinte años a los grupos de operaciones especiales —contesta Julia agitando su cabeza como si de una coctelera se tratase para que el viento coloque los pelos de su larga melena en el sitio que les corresponden—. Ah... y gracias por pararle los pies... está insoportable desde que nos han informado de quién puede ser el pobre desgraciado. Le advertí de que no dijese nada a nadie, pero le he visto hacer algunas llamadas. Creo que le ha podido el ansia de protagonismo y la posibilidad de salir por televisión en las noticias... ya sabe.

—Me hago cargo. De todas formas, es algo que no se puede evitar; pero volviendo al muerto, si es que se confirma su identidad, ¿qué demonios hace uno de los hombres más ricos del mundo en un acantilado de Cantabria? Y lo peor... ¿cómo leches ha terminado estrellándose en las rocas del fondo? —pregunta Asier a Julia a sabiendas de que la jueza no tiene la respuesta.

—Sea como fuere, nos espera un largo día; por cierto, la caballería está llegando —contesta la jueza al inspector mientras le señala una multitud de coches y furgonetas, con distintivos de varios medios de comunicación, que se acercan al tropel como si de buitres se tratara al acecho de la carroña.

Asier mira al cielo, un tanto nublado, pero con un tibio sol que trata de despejar los últimos coletazos de la tormenta, mientras piensa en voz alta:

—Mal día para caer al fondo de un acantilado.

La jueza se coloca al lado del inspector mientras mira hacia la turba que se les viene encima. De forma instintiva, se cuelga de su brazo dándole un leve apretón a la vez que le muestra una sonrisa de aprobación y nerviosa quietud.

—Bueno... será mejor que me ponga manos a la obra, dentro de un momento esto será un hervidero de gente y periodistas —le dice a la jueza dando por terminada la conversación, y la tranquilidad.

—Espere un momento —dice la jueza llamando la atención de Asier—. ¿Es que no va a atender a la prensa? —le pregunta al verle salir casi a la carrera.

—Disculpe, pero tengo que actuar rápido, mucha gente para la guerra, no quiero que contaminen o destruyan las pruebas —le contesta ya a cierta distancia el inspector Asier.

«Pero, ¿qué pruebas?», se dice para sí la jueza mirando alrededor de ella, donde solo ve un lujoso deportivo, un acantilado embarrado a causa de la lluvia del temporal y nada más...

—Bien, jefe Almeida —le dice Asier mirándole a los ojos—, indique a sus agentes que pongan una cinta en todo ese frontal: desde donde se encuentra el deportivo hasta el aparcamiento en donde están todos los coches; ah, por favor, atienda usted a los periodistas. Ya sabe, no les diga más de lo que queremos que sepan... he de echar un vistazo antes de que desaparezcan todas las pruebas —termina diciéndole al jefe Almeida a sabiendas de que solo va a escuchar la parte que concierne a la prensa. «Le cedo su minuto de gloria, y al mismo tiempo me gano un importante aliado».

Al principio el jefe Almeida balbucea, no entendiendo muy bien el porqué de esas instrucciones, sobre todo lo referente a la prensa; pero es inteligente e inmediatamente se pone manos a la obra, guiñándole un ojo al inspector a la par que le dice:

—Déjelo en mis manos, yo sé cómo atender a estos pánolis de la prensa. Usted vaya, vaya a investigar todo cuanto quiera —le dice el jefe al comisario Asier, moviendo sus manos con satisfacción, señalando el acantilado.

«Bueno, al trabajo, tengo que actuar rápido; primero el coche. A ver si hay algo de suerte», se dice para sí Asier, dando media vuelta y dando por zanjada la conversación.

El inspector Asier coge la puerta del deportivo ayudándose de los puños de la manga del jersey para no borrar posibles huellas; abre totalmente la puerta y cuando mete su cabeza dentro del coche en busca de alguna pista...

—Joder, por Dios Santo, pero qué cojones de olor es esta... —dice en voz alta mientras su estómago se contrae y su garganta comienza a dar arcadas. Asier se aparta del coche para tomar algo de aire y poder controlar el vómito. «Huele, ¿huele a qué? Yo lo he olido en algún sitio... pero no logro, ah, sí, ¡pues claro! Es almizcle. ¡Joder! pero concentrado...». Asier se dobla sobre su estómago reclinándose sobre sus rodillas, adoptando una postura de cuclillas, mientras intenta que el aire puro del acantilado saque de su boca el intenso olor a almizcle, que al final termina por hacerle vomitar. Cuando se repone de los espasmos de su estómago y las arcadas, saca de su bolsillo un bloc de notas y bolígrafo en mano, comienza a escribir lo que va encontrando... «Iré tomando notas, que me